

Roberto Di Stefano, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010. Presentación realizada en la Universidad de Bologna (sede Buenos Aires) el 18 de noviembre de 2010.

Por Luis Alberto Romero

(UBA/ CONICET/ UNSAM)

Roberto Di Stefano es uno de nuestros excelentes historiadores, y uno de mis favoritos. Admiro su tesis doctoral, *El púlpito y la plaza*, que tuve el honor de editar. Su *Historia de la Iglesia*, que escribió con Loris Zanatta, es casi mi principal libro de consulta. Finalmente, leo sus artículos en la revista *Criterio* con entusiasmo y con admiración por su coraje.

El libro que hoy presenta, *Ovejas negras*, es digno de esos antecedentes. Loris Zanatta, que me convocó para este ciclo, me dijo que esperaba que no nos limitáramos a presentar los libros sino que abriéramos una discusión, de modo que comienzo adelantando un comentario global. En mi opinión, *Ovejas negras* tiene dos partes, una muy buena y otra excelente. En la segunda, que califico de muy buena, Di Stefano traza las grandes líneas del conflicto que libraron el laicismo y la Iglesia en el marco del proceso de secularización del último siglo y medio. En la primera, sin dudas excelente, vuelca todo su saber, que es mucho, sobre la Iglesia y el catolicismo en el período virreinal y la primera mitad del siglo XIX, signado por la ruptura revolucionaria. Así puede mostrar las mil corrientes -muchas veces pequeños arroyuelos o meros cauces- que confluyen en el gran río de lo que denomina el "anticlericalismo". Sumando ambas partes, plantea una tesis. La Argentina tuvo tres explosiones sacrófobas, nos recuerda, con incendio de templos, en 1875, 1919 y 1955. Esos episodios no alcanzan para modificar una historia en la que la coexistencia fue más pacífica, pero ahí están, y hasta ahora no han sido explicados desde una perspectiva que los integre. Para nuestro autor, la corriente anticlerical, soterrada hasta fines del siglo XVIII y emergente en el XIX, aporta al menos una de las explicaciones. No suficiente, pero sí necesaria.



PRESENTACIÓN DE LIBRO

Durante el período virreinal las opciones políticas todavía no parten el campo, de modo que el autor puede dedicarse a registrar las prácticas y hábitos religiosos de la sociedad. Aquí Di Stefano nos muestra un costado sorpresivo de la sociedad tardo colonial, en el que la riqueza de la documentación proveniente de sus investigaciones adquiere brillo singular por la excelencia de su escritura, precisa, aguda, irónica. Así, atiende a las múltiples, variadas y no siempre clasificables manifestaciones del llamado anticlericalismo, un concepto que, según vemos, incluye cosas diversas. Porque entre los muchos hábitos que forman la práctica social colonial aparecen la blasfemia, la crítica a los sacerdotes, monjes y monjas, al celibato sacerdotal, a las obligaciones del precepto, a los sacramentos, junto con la persistencia de antiguas creencias y prácticas, como las que estudió Judith Farberman sobre Santiago del Estero.

Di Stefano llama a estas manifestaciones “resistencias subterráneas”, de “rebeldes”, que revelan fisuras en la supuesta unidad monolítica del régimen de cristiandad. No me queda claro si esta unidad remite a las afirmaciones que provienen del propio ámbito eclesiástico o a opiniones ajenas. Pues es hartamente evidente que esa unidad no se encuentra en otros períodos de la historia occidental, como aparece por ejemplo en Boccaccio o en Rabelais.

Las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII, que trastocan tanto el orden eclesiástico como el de la monarquía, ensanchan el campo de esas manifestaciones. Esas reformas darán pie a la llegada de las famosas “ideas foráneas”, es decir las de la Ilustración. Para muchos historiadores eclesiásticos y en general para la mayoría de los nacionalistas, esas así llamadas ideas foráneas son las responsables de una decadencia cuyo comienzo suelen ubicar precisamente con los Borbones. Este es un tema que Di Stefano discute y demuele a lo largo de su libro.

Luego el libro se centra en la revolución de 1810 y sus variadas consecuencias. Los gobiernos revolucionarios fundan su legitimidad secular al margen de la Iglesia y además están decididos a convertirla en instrumento de su poder. Promueven la eliminación de la censura, que permite la amplia circulación de textos críticos de diversa naturaleza, emparentados con la Ilustración o con la Revolución Francesa, en publicaciones o en obras teatrales, entretenimientos a los que se les asigna una función pedagógica. Por otro lado, la revolución produce una alteración de las jerarquías sociales por la emergencia del orden militar, que durante un par de décadas se complació en afirmar su supremacía humillando al eclesiástico. Finalmente, una política facciosa -unitarios, federales-, embarcada en el clima anticlerical, solía asociar a sus enemigos con lo peor del clericalismo, de modo que monjes y sacerdotes recibían la inquina de ambos lados.

Hay que agregar dos elementos más específicos. Por un lado, una Iglesia cuya desconexión con Roma la hace particularmente débil. Por otro, la cuestión del regalismo -la primacía del poder secular sobre el eclesiástico-, una herencia colonial a la que los nuevos gobernantes -católicos o liberales- se niegan a renunciar, y que implica proyectos de reforma como el de Rivadavia en 1822.

Son muchas historias diversas. Los alineamientos se confunden y las líneas que separan los campos no son tan claras. Así lo estudió recientemente la historiadora chilena Sol Serrano en su sugerente libro *¿Qué hacer con Dios en la república?*. En suma, la aparición de la política y la primera emergencia de la secularización provoca todo tipo de cambios, tanto en las relaciones entre el estado y la Iglesia como dentro de la Iglesia misma.

A partir de mediados del siglo XIX, como decía al principio, el enfoque del libro cambia un poco, pues se focaliza más en la relación entre la Iglesia y el Estado. Di Stefano propone que la anterior coexistencia conflictiva entre los llamados clericales y anticlericales se convierte rápidamente en un divorcio, un proceso que culmina con el incendio del Colegio del Salvador en 1875. Aquí el autor articula varios procesos. El primero, el giro del papado, con Pío IX y su condena global de la modernidad, que coincide con el

PRESENTACIÓN DE LIBRO

encierro del papa en su fortaleza sitiada, luego de la toma de Roma y la culminación de la unidad italiana. Así se consolida la intransigencia católica, que polariza las posiciones en todo el mundo y tiende a eliminar las zonas grises. En este contexto, la vieja crítica al clericalismo alcanza otra dimensión, pues se plantea en nombre de un cristianismo más amplio o del deísmo.

Aquí aparece con claridad una cuestión planteada pero no totalmente resuelta en este libro: los límites de la crítica al clericalismo son cada vez más difusos y no remiten necesariamente al campo católico, ni siquiera al cristiano. Digamos que en la colección donde está editado este libro hay un volumen dedicado a las religiones no católicas, de modo que probablemente el autor decidió evitar las superposiciones. Pero lo cierto es que lo de “ovejas negras” como concepto va dejando de ser un parteaguas. Es cierto que, como señala el autor, uno o más siglos de anticlericalismo católico aportan temas, formas retóricas, argumentos e ideas, presentes en las nuevas críticas, pero estas no necesariamente están en el centro de todos los que enfrentan a la Iglesia. En todo caso, es un tema a explorar.

Recordemos los pasos del divorcio. En primer lugar, la cuestión de los masones, un movimiento surgido de la explosión asociativa de 1860. Muchos de ellos son católicos y son excluidos de los sacramentos. En la Argentina y en países vecinos este es uno de los desencadenantes de las leyes laicas, es decir de la delimitación de jurisdicciones que inicia el estado en construcción. Luego de su exclusión, los masones radicalizan su posición contraria al catolicismo. Por otro lado, la prédica de algunos intelectuales emblemáticos, como el español Victory y Suárez o el chileno Francisco Bilbao -que en 1844 escandalizó a la sociedad de Santiago de Chile con un opúsculo en el que seguía a Lamennais y en 1850 fue fundador e inspirador de la Sociedad de la Igualdad, que movilizó y llevó a la insurrección a artesanos radicalizados, para recalar finalmente en Buenos Aires, donde desarrolló ampliamente su veta anticlerical-. También observa el autor el desarrollo en esos años de una veta apocalíptica y milenarista, de la que da cuenta el célebre episodio del Tata Dios en Tandil, de sentido ambiguo dentro de esta polarización que aquí se analiza. El punto extremo es el incendio del Colegio del Salvador, un complejo y discutido proceso en el que Di Stefano subraya cómo el anticlericalismo genérico descarta otros posibles objetivos y se concentra en el colegio jesuítico.

Pasaré brevemente por la etapa contemporánea, que es más conocida. Di Stefano sostiene -me parece que acertadamente- que el impulso laico de finales del siglo XIX fue menos fuerte en la Argentina que en Chile o Uruguay, donde culminó en la separación de la Iglesia y el Estado. Hacia 1900 este impulso se habría moderado ante los nuevos desafíos de la cuestión social que aconsejaban a los gobernantes -al igual que en Italia- un acuerdo pragmático entre los liberales y una Iglesia ahora en condiciones de combatir a socialistas y anarquistas en su propio terreno: el espacio público, la calle. Esto coincidió con un giro cultural e ideológico de la elite -el famoso “cambio de siglo”- que construyó un espacio común -espiritualista, nacionalista, hispanista- con el pensamiento católico, a la vez renovado y fortalecido por la impronta de León XIII.

Luego siguió la fuerte ofensiva católica de los años '30 y '40 -que estudió Loris Zanatta-, la formación del mito de la nación católica y el fuerte avance de la Iglesia sobre el Estado. Finalmente, el peronismo, que desarticuló muchos proyectos y entre ellos el de quienes aspiraban a instalar el reino de Cristo Rey. Al final del peronismo, la Iglesia abandonó el gran combate y se orientó a otros más específicos -lograr que el Estado sostenga su sistema educativo, establecerse como la gran mediadora social-, afirmándose como una de las grandes corporaciones de la Argentina contemporánea. Muy justamente, el libro concluye con el conflicto entre “la laica y la libre” de 1958, para señalar que el gran combate fue en realidad el cierre de la vieja confrontación, luego del cual el escenario político y cultural se organizó de manera muy diferente.

PRESENTACIÓN DE LIBRO

En ese ciclo, los enemigos de la Iglesia y del clericalismo crecieron y maduraron, desde los librepensadores de principios de siglo (un universo más que variado) a la cultura liberal, socialista y antifascista de los años '30. Ciertamente, sigue habiendo tópicos, figuras retóricas y argumentos que vienen de la tradición anticlerical. Pero a la vez, es más difícil mirarlos en conjunto como “ovejas negras” y colocar en un segundo plano las otras fuentes ideológicas. Es cierto que muchos de estos anticlericales están iluminados por alguna de las variantes de la “religión de la política”, resignifican mitos, prácticas y escatologías, e inclusive colocan a la Iglesia entre sus enemigos. Pero me parece que se los entiende mejor si se parte de que su inspiración es independiente de la Iglesia. Lo diré con un ejemplo personal: aunque mi padre fue educado en El Salvador y bautizado en la pila como José María, me resulta difícil imaginarlo en el grupo de las ovejas negras.

Quiero aprovechar que Roberto va a hablar ahora para invitarlo a explayarse sobre algunas cuestiones. La primera: me gustaría que hiciera un cierto dimensionamiento de la experiencia anticlerical argentina en relación con otras, por ejemplo la española, que se que ha estudiado en detalle. Creo que es bueno tener parámetros.

Las otras son más generales. Una se refiere a su tesis sobre los orígenes de la sacrofobia y sus lejanos antecedentes en, por ejemplo, las blasfemias coloniales. ¿Hasta que punto los orígenes de algo -creo que Collingwood hablaba del ídolo de los orígenes- explican ese algo? Ya me referí a la última, y a mi juicio la más importante: el concepto de “ovejas negras” que da título al libro. Me pregunto si no implica un punto de vista demasiado definido, un cierto sesgo, una igualación de cosas diferentes.

Quiero terminar con un balance. Di Stefano ofrece a los historiadores un material de importancia excepcional para empezar a organizar un tema aún virgen. Sin duda este libro estimulará a otros investigadores para seguir por ese camino. Afortunadamente para ellos, se encontrarán con un terreno allanado: está la trama de la tela y partes de una urdimbre que hay que completar. Yo les sugeriría que, conocida la línea general, su esfuerzo se concentre en reconstruir los nudos. Pienso en algunos de los debates habidos a lo largo de esta historia, en los que seguramente se podrá escuchar un arco diverso de voces, probablemente mucho más amplio, matizado y sanamente confuso que lo que la fórmula “ovejas negras” podría hacer suponer.